



BONI

ANTONTXU

¡Qué difícil recordar a Boni ante un papel en blanco y tratando de llenarlo con ese recuerdo! Aun solamente visto como montañero, fueron tantos los momentos vividos en nuestro ambiente en compañía del entrañable amigo—a quien debo una buena parte de mi afición a la montaña—, que el papel resulta muy pequeño, muy pobrecito—igual que mi semiparalizada mano y mi embarullada cabeza—, para dejar constancia en él algo de la personalidad montañera de Boni. ¿Cómo resumir con cierta brevedad—porque otra cosa no cabe—ni siquiera lo más destacado de su afición de caminante por esos montes de Dios? (Para Boni, muy a menudo, «San Dios». Era su «santo» preferido. Su «jaculatoria» frecuente).

¿De cuántas directivas de sociedades y grupos montañeros formó parte? ¿A cuántas sociedades animó y guió en sus primeros pasos? ¿Cuántas «gaitas» templó? ¿Cuántas marchas reguladas y de orientación organizó? ¿En cuántas participó? ¿Cuántos itinerarios novedosos planeó? Y, además, Boni tenía ideas, era hombre de ideas. Muchas de ellas se hicieron realidad. Otras muchas ya nunca lo serán. (Se quedó, al fin, sin organizar—mucho antes de que comenzaran a proliferar los concursos micológicos—su pensado y proyectado «Concurso de la Seta Gordá»).

Supo vencer adversidades y deficiencias físicas con temple de «duro» clásico. (¡Qué erosiones en los pies después de algunas potentes andadas! Y siempre el chiste oportuno que hiciera el papel de confortadora vaselina. Y el plan de la siguiente correría a flor de labio).

Al final se le quedaron, que yo sepa, dos cosas por realizar: volver a las montañas del Perú—de las que volvió enamorado—y peregrinar sin prisas a Santiago de Compostela, con todo el tiempo por delante, con parsimonia de jubilado, sí, pero con ánimo de montañero y caminante en activo. (El contaba con mi compañía para realizar este último paseo. Era nuestro proyecto secreto para un futuro próximo). Y esos y otros más se quedaron en proyecto. Pero, ¿quién al final de los días deja realizado todo cuanto pensó o se propuso hacer?

Boni nos deja la añoranza del montañero y amigo que se nos fue, con el que compartimos horas y horas, días y días, de sano disfrute en los bellos escenarios a donde nos llevaron nuestra afición y nuestra amistad.

Aralar, Aitzkorri, Pirineo, travesía a Lourdes, Marcha de las catorce horas... quedan ya en el recuerdo, al tiempo que nos conformamos con un R.I.P., que, según un conocido humorista—¡bendito humor que hizo agradables casi todas nuestras horas de convivencia!— quiere decir, en latín, «hasta luego».

JUVENTUD, ¿DIVINO TESORO?

JOSE ANGEL PRIETO GIMENEZ

«*La historia es injusta con quienes la padecen*».

La definición de esa especial «posición social» que es la juventud es contradictoria—por lo menos, en parte—con la valoración generalizada de lo juvenil.

Si bien «lo joven» es lo deseable, ocupar el lugar social joven puede convertirse en un hipotético desastre. El joven puede ser en un principio un privilegiado en situación de libertad provisional.

La ausencia de responsabilidades, el vivir al margen del ámbito de lo obligatorio, se convierte en una situación a ser dirimida por la posición económica y social. La clase social, el lugar donde se vive, el modelo educativo y cultural y el futuro como proyecto ineludible condicionarán el que la juventud—como estadio—sea un mundo abierto o un callejón sin salida.

El paro (o como gustan llamarlo los bienpensantes: «el desempleo») ha ido transformando las expectativas de muchos en esperanzas infundadas o en eso que algunos—los muchos—llaman desencanto. El desencanto no es rebeldía, es una combinación de disconformidad, desconcierto y apatía.

Sin embargo, esto no es así para todos. Para algunos, el retraso en la integración (laboral) se aprovecha para formarse y colocarse mejor en las posiciones de salida.

En los tiempos que separan el mayo estudiantil del 68 de este 85 democrático, la suerte de este grupo heterogéneo y cambiante ha sufrido numerosos avatares.

Lo más llamativo es referirse a la fracción «expresiva» del grupo; aparecen en estos años: los contestatarios, los revolucionarios, los políticos, los pasotas, los delincuentes, los drogadictos, los violentos, los ecologistas y los denominados alternativos.

Ni los minoritarios estudiantes universitarios del 68 que ahora administran desde los más variados lugares este país, ni los frustrados revolucionarios, ni los aprendices de políticos, ni los invidentes que cifran el futuro imposible en claves violentas, ni los que reducen su vida a un corto presente de inevitable drogodestrucción representan la juventud que ejercen.

Por lo tanto, es necesario dejar fuera el tan «ineludible»: «Juventud, divino tesoro»; pues la juventud ni es divina ni es tesoro, es ante todo y sobretodo, JUVENTUD.